

Voces relacionadas: Albás Blanc, Dolores.

Bibliografía: Archivo Histórico Provincial de Huesca, “Capitulaciones matrimoniales y relación de bienes”, Protocolo 5629 y H-598; Jaume AURELL, “Apuntes sobre el linaje de los Escrivá: desde los orígenes medievales hasta el asentamiento en Balaguer (siglos X-XIX)”, CCEDEJ, VI (2002), pp. 13-35; M^a Jesús COMA, *El rumor del agua. Recorrido histórico de san Josemaría Escrivá en Burgos*, Alicante, Cobel, 2010; Ignacio JORDÁN DE OSSO, *Historia de la economía política de Aragón. Colección Cartas Geográficas*, s. XVIII, reedición 1956; Esther TORANZO - Gloria TORANZO - E. Lourdes TORANZO, *Una familia del Somontano*, Madrid, Rialp, 2004.

Lourdes TORANZO

ALBÁS BLANC, DOLORES

(Nac. Barbastro, Huesca, España, 23-III-1877; fall. Madrid, España, 22-IV-1941)

1. En Barbastro. 2. La etapa de Logroño. 3. En Zaragoza. 4. En Madrid, Dolores, ayuda fundamental. 5. Enfermedad y fallecimiento. 6. La contribución de Dolores al Opus Dei.

El 23 de marzo de 1877 nacieron en la calle Romero, 20, de Barbastro, dos niñas gemelas: María Dolores y María Concepción, hijas de Pascual Albás Navarro y Florencia Blanc y Barón. Fueron bautizadas ese mismo día en la parroquia de Nuestra Señora de la Asunción, catedral de Barbastro. María Concepción murió dos días más tarde.

1. En Barbastro

El matrimonio Albás Blanc tuvo catorce hijos, de los cuales sobrevivieron nueve. Como convivieron en el mismo hogar con otros sobrinos, su casa era llamada en Barbastro “la Casa de los chicos”. Los Albás Blanc procedían de antiguas familias aragonesas. El ambiente familiar, de sólida

vida cristiana, había marcado el carácter de Dolores desde muy niña: libertad, laboriosidad y nobleza. A María de los Dolores –así registrada en el *Libro de Bautismos*–, la llamaban, de pequeña, Lolita; y ya de mayor, doña Lola.

Siguiendo una tradición de familia, Lolita pasó sus dos o tres primeros años al cuidado de un matrimonio de confianza, en la montaña del Pirineo aragonés. Cuando fue a la escuela en Barbastro, asistió, como mediopensionista, al colegio de las Hermanas de la Caridad, donde cursó las materias básicas, completadas con Música, Dibujo y Bordado. También se decantó su afición por la literatura. Se conserva el dechado que presentó en la clase de bordado.

Hacia 1890, motivos comerciales hicieron que José Escrivá Corzán, el padre del futuro Josemaría, fuera a vivir a Barbastro, a la calle Río Ancho. Allí conoció a Dolores Albás, con la que se casó. El enlace matrimonial entre José Escrivá Corzán y Dolores Albás Blanc tuvo lugar el 19 de septiembre de 1898. Los novios, José y Dolores, de treinta y veintiún años de edad respectivamente, eran parientes lejanos. La ceremonia, celebrada en la catedral, en la capilla del Cristo de los Milagros, fue oficiada por don Alfredo, tío de Dolores y canónigo de Valladolid.

“Mi madre –recordaba el hermano del Fundador– era muy mujer de su casa, muy femenina, muy cariñosa con nosotros. Trabajaba poniendo amor y primor hasta en las cosas más pequeñas. Cuidaba los detalles, se esmeraba. La idea que tengo de ella es la de una mujer que tenía una gran delicadeza de alma y una gran reciedumbre para no consentirse caprichos. Ella vivía volcada en los demás” (S. ESCRIVÁ DE BALAGUER, *Romana*, 1992, p. 142).

José Escrivá tenía un buen porvenir asegurado en Barbastro como copropietario de la sociedad Juncosa y Escrivá, comercio de tejidos y elaboración y venta de chocolate. El matrimonio Escrivá Albás

vivía en el edificio que don José había alquilado en el número 26 de la calle Mayor.

Fueron naciendo los hijos: Carmen (1899); Josemaría (1902); María Asunción (1905); María Dolores (1907) y María Rosario (1909). La esposa contó con el apoyo incondicional de su marido y con la ayuda de las dos abuelas, Florencia y Constancia. El matrimonio se cimentó en la profunda formación religiosa que había recibido. Y, cuando llegó el momento del dolor –la muerte sucesiva y prematura de las tres niñas más pequeñas–, los padres aumentaron su confianza en Dios. Y otro tanto hicieron ante el derrumbamiento económico de la sociedad que dirigía José Escrivá. En esa coyuntura el padre de san Josemaría decidió liquidar los bienes y pagar a los acreedores, aunque eso dañara su patrimonio, a pesar de que no tenía estricta obligación de justicia para hacerlo así.

2. La etapa de Logroño

Barbastro no ofrecía capacidad de recuperación económica para la familia Escrivá, por lo que se hizo necesario cambiar de ciudad. Aunque mantuvieron un ambiente familiar digno y lleno de cariño, la familia tuvo que asumir el cambio de situación social.

José llegó solo a Logroño a principios de 1915 y comenzó a trabajar en La Gran Ciudad de Londres, unos almacenes especializados en paños. Siete meses más tarde consiguió para su familia una modesta vivienda en un cuarto piso de la calle Sagasta, muy próxima a su lugar de trabajo. La casa tenía 80 metros cuadrados y cuarenta y ocho escalones que la separaban de la planta baja, con el consiguiente esfuerzo para Dolores, que sufría un padecimiento reumático. A finales de diciembre de 1918 o comienzos de 1919 la familia pudo dejar ese piso y pasar a otro más espacioso en la calle Canalejas. Finalmente en 1921 volvieron a la calle Sagasta, esta vez a un segundo piso.

En el invierno de 1917-1918 Josemaría vio en la nieve las huellas que había dejado un carmelita descalzo. Este hecho, percibido con luz nueva, le movió a plantearse su vocación. Decidió hacerse sacerdote para estar más disponible al querer de Dios. Como modo de suplir su ausencia de la casa paterna, pidió a Dios, con audacia, un nuevo hijo para sus padres. En febrero de 1919 nació Santiago, el último hijo de José y Dolores. Josemaría empezó sus estudios en el Seminario de Logroño, y los continuó en el de Zaragoza a partir de septiembre de 1920.

Cuando se estaba preparando para la ordenación de diácono, el 27 de noviembre de 1924 recibió un telegrama donde se le comunicaba que su padre estaba gravemente enfermo. Al llegar a Logroño supo que había fallecido. Al dolor de perder a un padre y amigo, se unió la responsabilidad de sacar adelante la familia; y así prometió hacerlo delante de los restos mortales de su padre.

La etapa de Logroño había durado diez años. A principios de 1925, Dolores levantó la casa de nuevo, y con sus hijos viajó a Zaragoza, donde Josemaría seguía sus estudios e iba a iniciar su labor pastoral.

3. En Zaragoza

La vida de Dolores adquirió un nuevo sentido: secundar la misión de su hijo Josemaría. Fijaron su residencia en el barrio de Tenerías, primero en la calle Urrea, y luego en la de Rufas. Eran en los dos casos viviendas modestas.

El 28 de marzo de 1925, Josemaría recibió la ordenación sacerdotal en la iglesia de San Carlos, de manos de Mons. Miguel de los Santos Díaz Gómara. En la capilla de la Virgen de la Basílica del Pilar, a las 10,30 de la mañana del 30 de marzo –sin solemnidades– ofreció san Josemaría su primera Misa en sufragio por el alma de su padre; asistieron Dolores, joven viuda,

con sus dos hijos y muy pocas personas cercanas. Fue un día intenso marcado por el dolor del recuerdo del reciente fallecimiento de José Escrivá y por la ausencia de diversos familiares cercanos.

Algo después pudieron pasar a un piso más cómodo en la calle San Miguel. El 27 de abril de 1927, Josemaría recibió el permiso de traslado a Madrid para cursar el doctorado de Derecho. Viajó a la capital el 18 de marzo de 1927. La familia esperó en Fonz, villa cercana a Barbastro, en casa de unos parientes, sus noticias para hacer también ellos el traslado.

4. En Madrid, Dolores, ayuda fundamental

Al vivir más cerca del hijo, la madre comprobó su intensa dedicación sacerdotal, su esfuerzo por allegar recursos económicos, su escaso descanso y sus privaciones en las comidas. Aunque su hijo todavía no le había manifestado lo ocurrido el 2 de octubre de 1928 –la luz fundacional del Opus Dei–, Dolores se daba cuenta de que Josemaría multiplicaba la acción apostólica y de que ofrecía a Dios una intensa mortificación. Tras unos meses en la calle Fernando el Católico, ocuparon la vivienda de la calle José Marañón que las Damas Apostólicas ponían a disposición del capellán (de septiembre de 1929 a mayo de 1931). Más tarde la familia Escrivá pasó a la calle Viriato, a un piso interior. Desde diciembre de 1932 y hasta mayo de 1934 vivieron en un nuevo piso más confortable, en la calle Martínez Campos, 4. San Josemaría, con el consentimiento de su madre, organizó allí reuniones con los jóvenes a los que trataba. Era una vivienda de clase media, arreglada con gusto, que mostraba, sin palabras, lo que sería una característica de la labor del Opus Dei: la realidad de ser una familia. Los chicos que allí acudían se encontraban en “su casa”, pasaban por el comedor a merendar, y mantenían alegres tertulias con san Josemaría.

En mayo de 1934, la familia se trasladó a la vivienda que el Patronato de Santa

Isabel tenía destinada para los capellanes. En esas fechas, san Josemaría comenzó a instalar la Residencia DYA. Como necesitaba dinero para llevar adelante esta empresa apostólica, en el mes de septiembre explicó el Opus Dei a su familia y les pidió su ayuda. La respuesta fue unánime: parte del patrimonio, recientemente heredado de un hermano de su padre, fue utilizado para poner en marcha esa iniciativa apostólica.

Poco antes de la Guerra Civil española, se llevaron a la nueva vivienda de Dolores –desde febrero de 1936 se habían trasladado a la calle Doctor Cárceles, 3– papeles y documentos en los que san Josemaría había ido poniendo por escrito la naturaleza y la historia del Opus Dei. Se guardaron en un baúl destinado a este fin. Al comenzar la Guerra, su madre metió algunos documentos entre la lana de su colchón, y en cierta ocasión, cuando los milicianos registraron su piso, aparentó estar enferma. Al convertirse el barrio en zona de guerra, doña Dolores y sus hijos se trasladaron a la calle de Caracas, a la vivienda de la familia González-Barredo. En el traslado se llevaron consigo el baúl.

A finales de 1937, san Josemaría dejó Madrid para escapar de la persecución religiosa. Año y medio más tarde, el 28 de marzo de 1939, Madrid capituló ante el llamado Ejército Nacional. Ese mismo día san Josemaría llegó en uno de los primeros medios de transporte que entraron en la capital, provisto de dos maletas de comida; su primera visita fue para su madre y hermanos. Dolores sólo tenía sesenta y dos años, pero estaba avejentada.

San Josemaría acondicionó la vivienda en el Patronato de Santa Isabel, del que era rector, para fijar allí su residencia madrileña. De nuevo pidió a su madre y a su hermana Carmen que organizaran la vida diaria. Transportaron desde la calle Caracas los muebles y los enseres de los Escrivá. La Rectoral fue pareciéndose a una casa de familia. Con escasos medios materiales recomenzó la labor apostólica, y en agosto

de 1939 san Josemaría animó a los miembros del Opus Dei –que tenían la experiencia de DYA– a que pusieran en marcha de nuevo una residencia de estudiantes, en dos pisos en la calle Jenner. Allí fueron Dolores y su hija para encargarse de la administración doméstica de la Residencia. Tuvieron dificultades para encontrar alimentos. La madre de San Josemaría padecía fuertes dolores de cabeza, pero dedicaba tiempo y cariño a los que ya eran del Opus Dei; arreglaba desperfectos en la ropa, cosía botones, zurcía calcetines y preparaba algo de merienda con restos del almuerzo; en las fiestas, a veces, hacía helado casero con una vieja heladora de manivela. Aunque era bastante callada –tenía la seriedad de los Albás–, sabía aderezar su conversación con toques sobrenaturales; y sus palabras acercaban a Dios.

En el segundo curso después de la guerra (1940-1941) se trasladaron la familia y algunos de los primeros miembros de la Obra a la calle Diego de León, 14. Dolores vivió en una habitación del segundo piso, donde pasaba horas dedicada a la costura. Allí se reunían las chicas que iba formando san Josemaría; entre otros menesteres, se ocupaban de los lienzos del oratorio y confeccionaban ornamentos.

5. Enfermedad y fallecimiento

A principios de abril de 1941, Dolores, con sus hijos y con Isidoro Zorzano, hizo una excursión a El Escorial. En el coche iban cantando el himno de la Virgen del Pilar con entusiasmo y haciendo oración; al regreso empezó a no encontrarse bien. Dolores tenía entonces sesenta y cuatro años. Los médicos pensaron en un simple resfriado. Cuando san Josemaría salió hacia Lérida, para predicar unos ejercicios espirituales a sacerdotes diocesanos, el estado de Dolores no parecía alarmante: “Ofrece tus molestias por esta labor que voy a hacer, pedí a mi madre al despedirme. Ella asintió pero no pudo evitar decir por lo bajo: ¡este hijo!” (citado en CASCIARO, 2006, p. 191).

La enfermedad empeoró y al día siguiente –22 de abril–, a las diez de la mañana, ya había perdido el conocimiento. Llegó Álvaro del Portillo con un sacerdote que le dio la extremaunción. Fue instalada en el oratorio de Diego de León, amortajada con el hábito del Carmen. Apenas ocurrido el fallecimiento se avisó por teléfono a san Josemaría para que regresara urgentemente.

El propio san Josemaría lo narró con las siguientes palabras: “A mitad de los ejercicios, a mediodía, les hice una plática: comenté la labor sobrenatural, el oficio inigualable que compete a la madre junto a su hijo sacerdote. Terminé, y quise quedarme recogido un momento en la capilla. Casi inmediatamente vino con la cara demudada el obispo administrador apostólico, que hacía también los ejercicios, y me dijo: don Álvaro le llama por teléfono. *Padre, la Abuela ha muerto*, oí a Álvaro. Volví a la capilla sin una lágrima. Entendí enseguida que el Señor mi Dios había hecho lo que más convenía: y lloré, como llora un niño, rezando en voz alta –estaba solo con Él– aquella larga jaculatoria, que tantas veces os recomiendo: *fiat, adimpleatur, laudetur... iustissima atque amabilissima voluntas Dei super omnia. Amen. Amen*. Desde entonces, siempre he pensado que el Señor quiso de mí ese sacrificio, como muestra externa de mi cariño a los sacerdotes diocesanos, y que mi madre especialmente continúa intercediendo por esa labor” (*Carta 8-VIII-1956*, n. 45: AGP, serie A.3, 94-1-2).

Cuando san Josemaría llegó a Madrid, de madrugada, rezó intensamente ante el sagrario y se acercó a su madre, a la que besó en la frente, llorando. Algunos oyeron la oración confiada de un hijo, roto por el dolor: “yo pensaba que mi madre les hacía falta a estas hijas mías, y me dejás sin nada... ¡Sin nada!” (citado en CASCIARO, 2006, p. 191). El entierro fue al día siguiente en el cementerio de La Almudena. Ahora José y Dolores descansan en la cripta

del Centro de Diego de León, en Madrid, a donde el 31 de marzo de 1969 se trasladaron sus restos.

6. La contribución de Dolores al Opus Dei

San Josemaría dejó claro testimonio de la contribución que su madre había tenido en la vida del Opus Dei: “No recuerdo haberla visto nunca desocupada; siempre estaba atareada en alguna cosa: hacía una labor de punto, cosía o recosía prendas de ropa, leía...”. Recordaba su cariño, su cuidado del hogar, su laboriosidad: “No tengo memoria de haber visto jamás a mi madre ociosa. Y no era una persona rara: era una persona corriente, amable. No tenía la vocación nuestra, pero era una buena madre de familia, de familia cristiana, y sabía aprovechar el tiempo” (*Carta 29-VII-1965*, n. 53: AGP, serie A.3, 94-4-1).

Entre otros detalles que muestran esa realidad, san Josemaría destacó dos. La importancia que su madre había tenido en su formación cristiana; cumplidos ya los setenta años, comentaba: “Todavía hoy, a mis siete años –ya sabéis que el cero lo he mandado de paseo–, recito por la mañana y por la noche las oraciones que me enseñó mi madre. De modo que le debo, a estas alturas, la piedad de toda mi vida” (Apuntes tomados en una tertulia, 21-X-1972, en *Dos meses de catequesis*, I, 1972, p. 174: AGP, Biblioteca, P04). Y la impronta que su madre y su hermana habían dejado en un rasgo fundamental del espíritu del Opus Dei, el espíritu de familia: “veo como Providencia de Dios que mi madre y mi hermana Carmen nos ayudaran tanto a tener en la Obra este ambiente de familia: el Señor quiso que fuera así” (*Crónica*, 1969, p. 402: AGP, Biblioteca, P01).

Voces relacionadas: Albás, Familia; Escrivá Corzán, José; Escrivá de Balaguer y Albás, Carmen; Escrivá de Balaguer y Albás, Santiago; Mujeres en el Opus Dei. Inicio del apostolado.

Bibliografía: AVP, I y II (ver Índice de nombres); Pedro CASCIARO, *Soñad y os quedaréis cortos. Testimonio sobre el Fundador, de uno de los miembros más antiguos del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2006¹⁴; John F. COVERDALE, *La fundación del Opus Dei*, Barcelona, Ariel, 2002; Santiago ESCRIVÁ DE BALAGUER, “Josemaría, para mí, más que un hermano, fue un padre. Era un santo «de carne y hueso», no un santo de «pasta florera»”, entrevista realizada por Santiago Álvarez, *Palabra*, 326 (1992), pp. 243-247, publicada también como “Un'intervista all'Avv. Santiago Escrivá, fratello del Fondatore dell'Opus Dei”, *Romana. Bolletino della Prelatura della Santa Croce e Opus Dei*, 14 (1992), pp. 140-146; *Id.*, “Mi hermano Josemaría”, 17-V-1992, *ABC*, Madrid; Esther TORANZO - Gloria TORANZO - Lourdes TORANZO, *Una familia del Somontano*, Madrid, Rialp, 2004.

Gloria TORANZO

ALEGRÍA

1. Alegría, virtud cristiana. 2. Se fundamenta en la filiación divina. 3. Es factor importante para la convivencia. 4. La alegría, rasgo característico del espíritu del Opus Dei. 5. La tristeza, enemiga de la alegría.

Según el *Diccionario* de la Real Academia Española, la alegría es un “grato y vivo movimiento del ánimo, ya por algún motivo fausto o halagüeño, ya a veces sin causa determinada, y el cual, por lo común, se manifiesta por signos exteriores”. Psicológicamente, se considera una pasión, un sentimiento, en el cual lo que penetra en nuestra intimidad (ya sea una cosa, una persona, un suceso) se percibe como un don que se nos aparece con un aspecto de claridad y luminosidad (cfr. LERSCH, 1974, p. 203). Desde el punto de vista espiritual, la alegría es un fruto del Espíritu Santo (cfr. Ga 5, 22) y en ese sentido, dirá santo Tomás de Aquino, que “es una virtud no distinta de la caridad, sino cierto acto y efecto suyo” (S.Th., II-II, q. 28, a. 4).

Se suelen distinguir dos tipos de alegría. Una externa, relacionada con el tem-

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.